

SURCOS



RUY HENRÍQUEZ

MADRID, JUNIO DE 1998

LA JAURÍA

Semejantes y posibles. El miedo al vacío.
Tantas bocas, tantas palabras juntas,
corriendo desesperadas unas al encuentro de las
otras.
Palabras nuevas, nuevas formas de nombrar las cosas.
Aunque el árbol siga siendo el árbol,
nunca caerá sobre él el mismo rocío,
nunca más la soledad del árbol bajo la noche.
Animal de otra galaxia, estático y sereno
serás el paradigma de esta nueva fauna
que poblará mis versos.
Soy un animal ensayando nuevos sonidos con mi
voz
inaugurando la historia, una historia sin propósito ni
sentido.
Aullar por el simple goce de la luna.
Por su sola presencia y porque brilla.
Por la emoción de oír nuestras voces juntas.
Todos aullando al rededor de ella, tan blanca.
La voz febril de la jauría.

LA PALOMA MUERTA

Un reguero de agujas blancas
son sus huesos sobre la calzada.
El desorden de sus plumas sangrantes,
un borrón pardo en medio del barro,
la equivocación lamentable que es ahora
su desdibujado cuerpo.
Contemplo incierto
el enigma de sus alas rotas,
como ramas derribadas
contradiendo el viento.

UN RUMOR DE ALAS

Un rumor de alas desvaneciéndose
entre las ramas, las espesas ramas de los árboles.
Parece presagiar la rendición de tus manos,
cansadas de esperar la aurora, para echarse a volar.
Mi cuerpo es un camino de tierra endurecida
por el paso de generaciones enteras de demonios.
Despejo mis pulmones de cualquier otra partícula de aire
que no sea el olor a lluvia de tu cuerpo.
El vasto silencio que la posesión de tus deseos
clava en mis instintos.
Esa savia, esa fruta madura.
El líquido untuoso y áspero
que filtra el barrizal de mis entrañas.
Carne furtiva, fugitiva cifra,
la simple conjunción de los adioses.
Una enumeración de caídas, de suaves ojos entornados.
La lluvia golpeando las ventanas
reclamando mi presencia;
el regreso a la huida, al lento flujo que mana.
Tímida fibra que se tensa en una despedida,
en un cenagal de vacilaciones.
Una constelación de vidrios rotos
gobierna tu frágil corazón desorientado.
Albatros y más allá la brisa pura
aguardando la tibia evaporación de los ayeres.

LA ÚLTIMA ESQUINA

Después de este último minuto,
cuando el tiempo halla doblado
definitivamente la última esquina,
sólo me restará sobornar
unos cuantos segundos a la muerte.
Mantener con ella un acerado combate
por la contemplación, por la claridad
de tus alas abiertas, por el albur de palomas
que en tu risa se desprende cada tarde.
Vienen sollozando como alondras,
las tibias y sinuosas formas de tu vientre
señalando el lugar de las fecundaciones.
Pálidas sombras, oscuras evaporaciones
rodean el lago a estas horas.
Quiero zambullirme en el agua de sus hojas,
en la húmeda plenitud de los helechos.
El musgo como esponja sustrayendo las gotas de mi
frente.
Vagaré por el campo sosteniendo tu sonrisa,
la risa de tu diminuta vida, el temblor,
el fuego que se debate entre tus huesos.
Soy la antítesis del tiempo y, sin embargo,
tan mortal como las generaciones de moscas
que anidan entre la desgarrada piel de mi cuerpo.

Eso

Eso que no te atreves a nombrar
y que, acaso, desde la oscura sombra te nombra,
es un cristal sin tallar,
una piedra en el fondo del mar.
Eso, son tus manos y tus pies
que trabajan sin pausa mientras duermes.
Es la blanca angustia y el abismo.
La muerte diminuta
que en cada obra te acecha.
Eso, incierta criatura,
trabaja tu voz y la escritura.

Nada.
Ni la sangrante médula de tus huesos,
ni la dura membrana de tus uñas
escapa a la gravedad de su misterioso influjo;
a su ley inexorable, a sus desdoblamientos,
a sus multiplicaciones y disfraces.
Suyos son tus amores y tus pensamientos,
eres la blanda arcilla con que alza sus paredes,
la sombra que vaga extraviada en sus pasillos.

NOCHE CERRADA

Desde este lugar me asomo, minúsculo,
al mar sin orillas de la oscuridad.
Al parecer tengo toda una eternidad
para cultivar el limbo gris del insomnio,
Siento mi memoria
como una suma de desesperaciones.
Esta noche podría durar 24 horas o todo un año;
no importa.
Vigía del desierto.
La noche cerrada sobre mis labios
impide que rompa a gritar.
Todo este negro silencio,
el polvo dormido sobre los libros,
el falso respeto de los papeles por las palabras,
acunándolas como niños malcriados,
me impone cierta inmovilidad.
Me asusta el frío que se apodera de los baldosines
debajo de mi cama
como si fuera una amenaza
a los pies furtivos, a los furtivos pies del desertor.

EN ESTA COLECCIÓN

Una colección de imprecisiones
en que nada acaba por cumplirse.
Sombras, historias de sombras,
y más allá la lluvia del silencio.
Blancos destellos iluminan la negra,
la insondable profundidad de lo sin nombre.
La tierra parece respirar,
dormida en un sueño doloroso
de animal enfermo,
mientras cabalgo sobre su espalda
áspera y helada.
Me espera un amanecer, una aurora,
en la que el viento no sabrá rodearme.
Nada, ni el duro cristal del agua,
podrá reconocerme.
Levanto un vuelo a ninguna parte,
dejando en el suelo la cruda piel
de la serpiente.
Éxtasis de muerte.
Orgasmo de las transformaciones
para aquel que no soporta
el dolor de su propio peso.
Qué palabras, qué duras palabras,
afiladas como piedras,
contarán las metamorfosis.
Generaciones de insectos,
miríadas de larvas quejumbrosas,
a través de los inmóviles pasillos del tiempo,
se arrastran hasta mis pies.
Todo para llegar a esta colección
de dudas y de sueños.

TU REINO

“...bajo las pinzas y las retamas de la
celeste luna de cáncer.”
El rey de Harlem, F. García Lorca

Renuncio al tópico de llamarte *trópico*,
tierra caliente hirviendo siempre
de hormigas insomnes y mosquitos sedientos,
girando enloquecidos
en la piel verde de tu reino agreste.
Dioses coronados por el aniquilamiento
en el célebre horror de las purgas,
la guerra civil, muda y confusa,
que libran los hermanos del agua y del barro,
contra todo lo que ofrece sombra.
La siempreviva esperanza de hallar la salida
a la iniquidad de tus horas grises,
pulsas de todas formas en el cuerpo triturado
sobre las lustrosas piedras que lame el río.
Nada hay parecido al olor que desprenden
las camias al dorar la tarde su honda nostalgia
sobre los confines de aquel lejano Valle.
La arcilla roja ardiendo húmeda
en la urdimbre de los olores,
la hierba ácida y dura,
la ferocidad de sus pájaros con nombres de cantos,
la incomprensible parsimonia de su tiempo,
la lentitud para echar a rodar el mundo.
Sólo conozco de tu reino unas pocas coordenadas,
las referencias de un ciego que en la oscuridad
acaricia minucioso a su amante en silencio.
No poseo otra cosa que unas pocas palabras
para dialogar con unas cuantas casas, con unos cuantos
árboles.
Los vagos fantasmas que poblaron con su terror vivo

los raros días de mi infancia.
Nada soy sino la sombra de aquellos árboles dorados
que resplandecen a la luz ardiente del mediodía.

ESPERO PODER VOLAR

Espero poder volar.
Traer, si me lo pides, el olivo después del diluvio.
Romper las tibias alas de la higuera
sobre un fondo azul de espumas y de hondas latitudes.
Espero navegar indemne por la suave superficie
de tu blanca anatomía,
plácida arena esperando el húmedo beso de la lluvia.
En lentas gotas rumorosas me dejaré abismar,
cayendo vertical en el profundo despertar de los sentidos.
Vaticino para hoy vientos cálidos sobre los treinta grados.
Espero poder volar sobre tus dos frágiles hombros,
mis manos hambrientas serán dos alas batiendo
presurosas
el deseo en la penumbra de tu corazón dormido.
Espero penetrar el silencio que guardas
en el centro mismo de tu pecho.

AUTORRETRATO

Las líneas tiemblan en la definición breve
de una breve locura. Arde en esta tarde
la simple armonía de los ojos paralelos,
la simetría de la boca y estas ganas locas
de escribirlo todo de nuevo.

Soy en este preciso instante,
no antes, la palabra *cieno* y el cielo
que aguarda la constelación grave
de los astros y de los agujeros negros.

EL SUEÑO

Empezaré por las palabras pequeñas.
Empezaré por decir *espera*,
mientras los acontecimientos se suceden en tu nombre.
El descolorido movimiento de las hojas en otoño,
el lento amanecer de los olores.

Comenzaré por los ciclos más pequeños
por los átomos y las moléculas,
por las órbitas de sus mínimos afectos.
Me asomaré primero al desconocido horizonte
de sus cielos intactos,
al desvanecido azul de sus humores.

Iré emergiendo desde su centro,
al ignorado sexo de su vuelo.
Desarrollando la inmensidad,
el vasto imperio de su vientre,
la llama inagotable de su cuerpo,
las alas que esconde el sueño.

Seré el Nosferatus sin tiempo de su goce,
el innombrado porvenir de su deseo.
Construiré una saga de recuerdos,
la historia, esa enorme criatura
que modifique sus huesos.
La conjunción que finge su memoria.

Traspasaré la cifra de sus breves constelaciones,
seré el fuego en las fauces del infierno,
la tierra que sostenga su inútil huida.
Construiré, mientras duerme, el golem,
el cuerpo que repiten tus palabras,
el vacío que habita tu alma.

Atento escucho. Sólo oigo el rumor del agua,
la dura historia de todos los elementos,
los signos de aquello que siempre que vuelve,
el incesante parloteo de las piedras derrumbándose.
Comenzaré, entonces, por abrir las manos,
por despejar de tus alas el polvo y el olvido.

NUBES

Contemplo desde aquí las lentas evoluciones,
el frío movimiento de la evaporación y del desastre,
esa tímida huida hacia la nada.
Eternas, continuas, perfectas.
Blancas condensaciones,
la suma de impalpables humores.
Sobre el espejo te deslizas
como sobre un abismo de hielo.
La fuente de cristal tallada, transparente,
copiando los colores de la fruta.
Pequeño tesoro, ignorada alhaja,
como un cadáver en el fondo del río.
Las suaves formas de su cuerpo dormido
aguardando el adiós definitivo,
la disolución de todas las fronteras.
Sordo a cualquier plegaria,
vuela dócil entre la hierba
y la dura roca del fondo del río.

PARA QUE TE RECLINES

Para que te reclines indolente
en la oscura hondura de mi pecho,
confío a los atardeceres
las pálidas madrugadas,
la orfandad helada de las callejuelas.

Para que tomes posesión
de este oculto y negro continente,
me someto a la lengua inextricable
de tu boca,
la articulación feroz de tu garganta
pronunciando la interminable soledad
que me cobija.

Solitario.
El mar ruge desde abajo,
lamiendo lentamente
los pies de la montaña.

Bajo esta parcela de cielo
contemplo el interminable desfile
que entre blancos y azules se repite,
como si sólo hubiera un tiempo,
nuestro tiempo.
El momento en el que siempre
está por nacer un mundo.

AZULES COMO ÁGUILAS

Azules como águilas
brillan a la luz
de la dulce enunciación
de la distancia.
Hoy mi corazón
late solitario como un planeta
en la oscuridad de los mundos.
No consigo superar
el nivel de tus leves huellas.
Frágil, pesimista,
me arrastro
ante la infranqueable
frontera de la memoria.
Pequeña diosa.
Mi vida es un grano de arroz
en la hirviente palma de tu mano.
Soy un beduino cobijado
en el entrañable oasis de tu vientre.

SER MUJER

Pongo mi cuerpo a disposición de las palabras.
Me abro entera a la ardiente lengua de su verbo.
Cómplice cautiva, me dejo inundar de su avaricia.
De pie en medio de la guerra, extática y muda,
parezco la columna vertebral que sostiene los mundos.
Ángel vertical, caído en la desgracia del silencio.
Desde mi celda oscura contemplo el innombrable horror
que produce mi piel, blanca, lisa, olorosa a cremas.
Soy el enigma y la paradoja de los sexos.
La maga de tu erguida verga cimbreada.
¿Cuál sería su destino sin el suave atril de mis nalgas?
Instrumento del deseo,
palabra atravesada por todos los sentidos.
Vana gloria es la exaltación de mi belleza y de sus
formas.
Soy la pulpa de una fruta aun intacta
que se derrama toda agua sobre tu mano temblorosa.

DE ELLA LO QUIERO TODO

Las hormigas siguen
grabando en la tierra
la interminable historia
de su estirpe milenaria.
Nada ha cambiado
desde entonces.
La selva, un poco más cerrada,
acecha que sus pasos se apaguen
entre el rumor del río y de los pájaros.
He creído que sería fácil soportar
la triste levedad de su ausencia.
Levanto una piedra
del fondo del río
y de su vientre penden
como un presagio
los huevos de un pez.
Fríos y secretos.
Repito en voz baja:
“De ella lo quiero todo.
La limosna de sus ojos,
la franca desazón de su cuerpo extraño”.
Entre la furia y el viento
oigo que su voz se levanta,
frágil, débil,
profiriendo una amenaza.

POEMA DE AMOR

¿Qué puedo agregar al silencio,
más que una mano muda
imitando el vuelo de tus alas?
La herida de tu risa blanca
es un reflejo del sol sobre el agua.
No consigo sumar
los kilómetros necesarios
para sentirte lejos.

A RAS DEL SUELO

Cuando reconozcas
en el leve estertor de su sonrisa,
las repetidas embestidas
del mar sobre la arena.
Cuando sepas descifrar
en las arduas circunvoluciones de tu vientre,
la vida inagotable e inútil
de todo animal y del viento.
Cuando escuches un llamado
en el lento ulular de los árboles
clamando tu presencia en las noches.
La madera crujiendo,
buscando entre sus vértebras
la dulce savia que te sostiene.
Planta trashumante,
pavorosa enredadera.
Vuelve al bosque y a la tierra.
Piedra y fuego, ilusoria esfera.
Eres la comida que sobra
en los dientes de la fiera.
Un tajo en medio del vientre
haciendo sonreír tu cuerpo dolorosamente.
¡ruy! ¡ruy! Llaman inútilmente
las cigarras a sus hembras,
reventando de calor entre la hiedra.
Un gemido parece desgarrarse de las piedras
lamentando su destino a ras del suelo.

EL NUEVO

Nada cobija el nuevo placer de decir
la blanca alfombra del porvenir abierta.
Sombras sin nombre rodean las cosas,
el corazón sangrante y yerto de lo quieto.
Figuras sin límite, sin borde sobre los vientos.
Nada habrá en tí, nada previo.
Eres sólo esta palabra *vacío* y esta otra *guarida*.
No te detengas, no hay tiempo, no hay pausa.
No busques entre los labios rotos hoy tus palabras.
Sólo escucha. Sumérgete en las voces antiguas,
que ya hablaban cuando tu no eras más
que polvo entre las piedras.

PIENSO

Pienso en la soledad que arrastran,
en medio de la noche, los insectos lejos de la luz.
En la honda, desdichada miseria,
de todo lo que se oculta a mis ojos ciegos.

Pienso en tu rostro dormido,
en la seria actitud del que sueña,
del que se rinde sin miedo al ardid,
sin trampas, de la cama y de las mantas.

Pienso en tu vocación de amante y ausencia,
de piel deseada y agua pasada; inasible ilusión,
siempre carta, todo palabra. La condición
vana del que nada otorga y nada gana.

Pienso en ti, en mí,
en nuestra triste relación de fantasmas,
en lo que significa la materia,
el olor de tu cuerpo dormido,
el sonido de tu voz cansada.

Pienso en tu piel blanca,
en la clara aurora desnuda
en que contemplé lleno de dudas
la luz de tus pechos inciertos.

Quiero ahora tender mi mano
sobre el abismo del tiempo,
sujetar el pasado
ceñir en un sólo verso

tu aliento, tu seno y mi corazón enamorado.

DEJAD QUE OS MUESTRE

“Y me doblo, me doblo bajo el peso
De un beso enorme, de un enorme beso”
Alfonsina Storni, *Nocturno*

Dejad que os muestre
las débiles arterias y sus circunvoluciones,
la famélica constitución
de este frágil trapecista.
Una cuerda tensa son sus nervios,
irritados violines al compás del desenfreno.
Cálidas madrugadas lo aguardan
en el confín incierto de las estaciones.
Pero él sigue allí al borde del abismo.
Dejad que os muestre
los artilugios de su locura.
La blanca epopeya de los lirios
que sobrepasa todos los silencios.
Estuarios lejanos,
unos cuantos navíos desgarrándose encallados.
Sus blancos cascarones abiertos, desarticulados,
como osamentas que se deshacen
mordidas por la sal y el óxido de la memoria.
Todavía, un lento florecer en la penumbra.
Las limpias, las pálidas rosas del páramo;
tan pegadas al suelo y, sin embargo, tan viento.
La humedad vegetal de su esperanza.
Inmóvil, se transforma en el centro
de lo que no tiene centro.
Un puro y provisional lugar de encuentro.
Nada era antes. Nada será después.
Dejad que os muestre
los pobres abalorios de su magia.

El truco, el ardid, el doble fondo de la caja.
Como siempre, la mano es más rápida que el ojo.
No es fácil enseñar
lo que sucede a la vista de todos.
Contemplan este pálido rostro,
esta mirada abstraída, las manos reposando
en su funda de piel y de uñas.
Este río incontenible, este vano caudal de palabras,
borrará el grito y la furia,
la inútil barrera que opongo a los elementos.
Dejad que os muestre
la instantánea,
la fugaz transformación en hombre.

“MAS POLVO ENAMORADO”

Soy la microscópica estela,
el polvo malogrado de tus versos.
la frágil armonía de tus pasos...
contando las falsas, las ambarinas estrellas.
Clara y distinguida,
pareces una espiga en medio del campo.
Un rumor de olas y de acantilados
se asoman a tus ojos velados.
Quiero ser la tierra que tus pasos huellan,
el arduo camino de tus pies cansados.
Polvo del sendero que guarda tu recuerdo,
construiré para ti un laberinto de recodos,
las inagotables esquinas que fatigarán tus años,
las vastas ciudades y sus lamentables sótanos.
Para que te deshagas lentamente,
para que llores sobre mí todo el olvido,
toda la hartura de tu juventud hastiada.

SOBRE LA ARENA

Sobre la arena
la cal viva de tu rostro,
el temblor momentáneo,
un diminuto cataclismo
en los vórtices del viento y del agua.
El universo derrumbándose
junto a mi oído.
Las evoluciones, que podrían ser eras,
apenas si alcanzan a conmover el tiempo.
Las manecillas son dos patas de araña.
Soy el primer hombre. La primera piedra.

TANTA GENTE

Urgiendo la métrica aspereza de sus dientes,
el ardid y la disculpa.
Tanta gente aguardando la caída
desde tu frágil equilibrio,
parece presagiar el vértigo,
la palidez de tu muerte redentora.
Ahora, mientras esto escribo,
tu estás allí, extático como un muro,
sufriendo en silencio la lluvia y el viento del otoño,
aguardando los frutos del silencio.

LA LÍNEA DE SOMBRA

Hay un vago presagio pesaroso, una muda condena
En el limo que traman los hilos rotos
De las esperanzas muertas.
Una ansiedad verdinosa y fermentada de agua
estancada,
Una melancolía enmohecida de laguna
Dentro de mi pecho.
Esta tristeza mía contenida como un charco
En el cuenco de tus manos.
La añoranza cenagosa del pantano por el agua
corriente,
Por la tormenta que se cierne sobre tanta vana
espera,
Para anegar esta paciencia vegetal que requiere el
destino.
Soy un fósil engastado en la piedra,
Una joya de quietud.
¿Cuántas veces he de bañarme en el lodo del
mismo río?
¿Hasta cuándo este naufragar en tierra firme?
¿Cuándo la disolución en el mar?
La impaciencia del marino por un viento fuerte
Que barra este cielo turbio sobre su cabeza,
La pesada confabulación de las negras nubes,
Esas ganas tuyas de no hacer nada. Sólo aguardar.
Bajo la lluvia ser esa gota que recorre sedienta tu
piel,
No este pozo de lágrimas en el fondo de tus ojos.

UN HOMBRE MUERTO

Para cuando tú te fueras,
pensé que se quedaría conmigo un hombre muerto.
Una larva dormida, un huevo bajo la tierra,
un animal invernando en su madriguera.
Me sentiré, dije, un cuerpo en coma
vegetando en la cama de un hospicio,
el pulso latiendo muy lento y en silencio,
confundiéndose con las pisadas de los segundos
en los largos y solitarios pasillos del tiempo.
El impronunciable tiempo que dure tu ausencia.
Todos los signos vitales detenidos porque tú te
habrías ido.
Y yo, mudo e inerte, me habría dejado caer
en el negro sueño de todos los sentidos.

Para cuando ya esté solo, pensé,
cerraré bien todas la puertas, todas las ventanas,
me concentraré en mí mismo, en la cruda estructura,
en la desnuda forma de un hombre solo.
Una obra inacabada y vacía como los movimientos
de un autómata.
Agostando todas las formas de la respiración
para que las horas vuelen imperceptibles
sobre la crisálida que formarán tus cartas a mi
alrededor.
Como una oración talmúdica diré rezando
"Sólo quiero que el tiempo pase y que estemos juntos
otra vez".
Repitiéndola hasta que caiga el primer segundo de

esta espera
fulminado por la ira de mi piedad.
El ahorro y la continencia de un eremita
que contemplando extático su fé
sentirá el peso muerto de su sexo entre las piernas
y pensará en la corta vida que tiene el amor.

Pero no ha sido así.
Los muertos no eyaculan ni fecundan esperanzas en
sus tumbas.
No se yerguen sus vergas soñando con sus viudas,
florecentes Penélopes ardiendo sudorosas en sus
camas vacías.
Ni se desvelan pensando en la rotundidad de sus
caderas,
en los espléndidos culos de las viudas que se
marchitan
intactos bajo el luto prematuro,
sin que los labios beban con desesperada agonía su
áspera miel.
No es un muerto el que sueña con la engañosa
fortaleza de tus piernas,
en la flor húmeda de tu sexo rezumando el olor de
todos los deseos,
la satisfacción del hambre y de la pena.

CORONA DE ESPINAS

Una nube de dudas,
como avispas revoloteando
amenazadoras sobre mi cabeza.
Pienso en ti. Pequeña esfera, sol diminuto.
Tu pequeño aliento cosquilleando
sobre mis párpados cerrados.
Vocecita que clama en el desierto,
diminuta como un grano de arena,
gimiendo por el viento.
Un grano de arena incrustado en el ojo
puede hacerte aullar de dolor.
Al parecer nada está excluido del infierno,
ni siquiera el paraíso.
Cuando despierte oiré el recuerdo de tu voz
retumbando en las cuencas vacías de mis ojos.
Pan dulce de mi corazón. Cielo estrellado.
Desde ahora habitaré el cascarón vacío
de esta casa. El viento correrá libre
entre las ruinas como si estuviera jugando,
riéndose, gimoteando y yo...
yo no entenderé nada.
Este dolor ¿para qué?
No me hará mejor, ni saldré fortalecido
de su dura prueba.
Corona de espinas,
cada una de tus agudísimas púas es una pregunta
a la que jamás podré responder,
una lección que no conseguiré aprender.
Tú, con tus dos pequeñas manos,

puedes alzarme por los aires
y hacerme volar hacia ti.

DE LAS COSAS QUE NO TIENEN NOMBRE

“No existe lo que no se nombra”
Emilio González

Por efímeras, por livianas, por imperceptibles.
Esa sombra que dejan los sueños sobre tus
párpados.
El silencio de los bueyes en el establo
esperando su ración diaria de trabajo,
rumiando, sin saber, la muerte.
El ruido del fuego ardiendo entre las vértebras de la
madera.
Inventar de nuevo ese lenguaje impreciso que soñó
Leonardo.
Para dibujar con letras el infinito horizonte
de las cosas que no tienen nombre.
Convocar a lo disperso,
reunir bajo una palabra lo roto y lo distante.
Los átomos, las estrellas, los granos de arena en el
desierto.
Ese cristal roto en mil diminutos fragmentos.
Aquello que persigo y que jamás sucedió.
El deseo, esa mano tendida en el vacío
arañando sombras.
Sólo la palabra, tu voz,
estos versos escritos en la montaña
mientras el cosmos contiene la respiración:
para ver nacer un mundo.

Dices que “no existe lo que no se nombra”.
Entonces lo escribiré todo, lo diré todo.
Desde ahora me faltará tiempo
para nombrar todas las cosas que no tienen nombre.
Ocuparé el tiempo con mi voz
para que tú tengas un mundo,
para que tu mundo posea todas las cosas,
aquellas cosas que nadie ha nombrado:
El movimiento marino del viento
que se adivina en las nubes.
El temblor de los músculos del caballo al correr.
Bordar con palabras un mundo en el silencio,
en la negra pizarra que envuelve el Universo.
Pienso en todo lo pasajero, en todo lo que vuelve.
En las cosas que jamás tuvieron nombre.
Pienso en las cicatrices que dejan en la arena las
olas del mar,
en el lento trabajo del viento afilando las piedras,
el innombrado amor del fuego por las cenizas,
el agua ardiente de sus entrañas.
Pienso también en lo insignificante y en lo ridículo.
En esos grupúsculos de hilo y de polvo,
pelos enmarañados con trozos de papel
y las secas semillas de una fruta.
La suciedad que se confabula debajo de los
muebles,
el hogar de los invisibles, ácaros y piojos
microscópicos,
el submundo de la higiene,
labrando lentamente el tiempo en nuestros huesos
como infatigables termitas en el desierto.

ARCHIPIÉLAGO

Quiero invocar ahora
la inútil geografía de estos versos.
Las lentas e interminables aproximaciones,
la superflua cartografía que va trazando sobre los
hechos;
no pretende ser exhaustiva ni bordear sus resquicios,
sus secretas honduras, sus playas intactas.
No quiere agotar siquiera la posibilidad de ser futuro.
Todo queda en un gesto,
en un trazo, una línea más en el esbozo.
Un archipiélago de palabras sueltas,
rotos fragmentos irrecuperables,
cada palabra una isla donde hospedar el silencio.
Extrañas joyas engastadas en el azul sin límites,
en el interminable azul de las desesperaciones.
Poema de la profundidad,
el magma de la tierra naciendo,
bulle como lava hirviendo entre las letras...
El reguero de las frases dispersas
traza el desconocido mapa de las separaciones,
de los vacíos, de las ausencias sin tiempo.
Unos pocos versos configuran el horizonte
que contemplo,
las coordenadas de esta tierra que habito y siembro.
Un archipiélago de vacilaciones, de renunciaciones,
de comienzos desde el impensable cero.
No lamento las separaciones,
ni las largas noches en vela
aguardando el milagro del regreso;
tu incierta presencia, el juego impreciso de tu voz,
la confabulación del lenguaje
con esta ya impronunciable historia.

MELANCOLÍA

Una punta de tristeza
anticipa todas las despedidas,
un palpito de duelo
precede cada atardecer.
Todo lo bello, todo lo bueno
me recuerda, sin nombrarla,
la muerte, el final
que culmina y da la forma.
Ese gesto que apaga la luz
y cierra la puerta después de la fiesta.
Sobre el aire gravita el polvo, todavía,
formando vanas constelaciones.

En todo lo minúsculo,
en lo trivial e insignificante
ves pasar la lenta mano del tiempo,
llenando de sombras las grietas,
haciendo silbar el viento
en sus afiladas bocas.
Miro mis uñas como un
extasiado símbolo del calendario.
Las muescas que en los dientes
graban la cotidianidad y el uso.
Una tormenta de soledades
me aguarda detrás de ciertos libros,
desconocidos rincones de mi propia casa.

EL SUEÑO DEL ÁRBOL

Sueño que soy un árbol.
La agrietada piel de mi cuerpo
lentamente labrada por la marcha de cientos.
No es mi paciencia lo que convoca,
sino la miel amarga que desprecian los humanos.
Soy la vida y soy la piedra.
El límite entre lo inmóvil y la partida.
Mustias mis ramas verdes
parecen pudrirse en el otoño.
No me cabe otro destino
que la contemplación y la plegaria.
La lenta devoción por las hormigas,
por la canción de la cigarra.
Soy la primera casa,
el hogar del mendigo.
Soy la escuela y el camino.
De mi nacen los frutos, las letras.
Los libros copian mi nombre
y mis alhajas.
También mis hojas transmiten,
a ciegas, secretos mensajes.
Del poeta seré por fin
la última morada.

EL RINCÓN FELIZ

Una pena llora, sin que yo lo sepa,
el dolor de las cosas idas.
La tarde en que perdí tus labios,
el olor perfecto de tu pelo.
Esa juventud que no perdona
los años vacíos, la ruda soledad enamorada.
Su silencio será, por fin, el peso helado
de la tumba sobre mi pecho.
Pequeño animal enfermo,
nada sabías de las largas noches en vela:
tu cabeza girando en la oscuridad
como una noria.
Nadie rescatará por ti ese muerto
que se deshace lento
en el agua estancada
de tu pecho abierto.
Una lluvia pertinaz cae desde hace tiempo,
dejando en mis manos un naufragio
de tierra revuelta y de mangos verdes,
de madera podrida por el musgo y los helechos.
Flores envenenadas por el recuerdo.
Un olor a canela y a jazmines taladra mis versos.
Un viento tibio y húmedo,
y un amor incompleto.

ALGO QUE NO ENTRA EN LA CUENTA

Viajeros del fin de la noche,
olvidados peones que trabajan en secreto.
Los restos del día, las migajas sobre la mesa;
un mundo atroz y paralelo,
invertido como una broma.
Una dolorosa ironía que no cesa
de transgredir tu nombre y tus ideas:
los amores, las fidelidades y eso que tanto nos
apena.
Lo insignificante y lo ridículo.
Nada de eso cuenta,
pero al final es lo que cuenta.
La enumeración de todo lo pueril,
que es infinito y que puede ser el Cosmos;
o esa orla que corona a los poetas,
diáfanos y estoicos ante la estupidez propia,
la fe confesa en el poder de las palabras.
La coronación del rey bufón,
la suma de todas las salvedades.
Nada de eso cuenta,
pero al final es lo que cuenta.
Esa coma mal puesta,
esa palabra que se quiebra en otra
y que suena como una ciudad que se rinde al
asedio;
el engaño que cae por su propio peso.
Polvo, detritus, deyección del pensamiento.
Nada de eso cuenta,
pero al final es lo único que cuenta.

LA FLOR DEL DESASOSIEGO

Recuerdo esa noche sin estrellas en que
los árboles rugían su soledad de páramo,
el verde oscuro de la sabana perdida y remota,
lejos del Valle y sus orquídeas,
del bálsamo de tus besos,
y de la longitud perfecta de tus brazos finos.
Hoy bendigo tus cartas,
la blancura que tu recuerdo dejó en mi alma.
Querida hada qué lejos están de mí
aquellas tardes en que mi pecho
se estrechaba con tus versos.
Nada hubo como ese primer amor
y, sin embargo, luego habría de ocurrirme todo.
Creí que no sobreviviría, que jamás amaría otra vez;
pero amé y multipliqué por mil los poemas escritos,
y ya no estuve más solo como aquellos árboles
solos.
Recuerdo también un olor a flores ignotas,
a vegetales ácidos y salvajes.
La flor de tu sexo exhumando
el vapor penetrante y húmedo del desasosiego,
atravesando, como un hilo, de deseos el Tiempo.

RECUERDOS

¿Puede decirse que conservas la memoria
si en tu aliento aun rezuma el áspero sabor de la
fruta,
si el olor a crudo de la lluvia
impregna los poros intactos de tu piel desnuda?
No hace falta guardar encerrada en un puño
la sal del sudor de tu frente,
ni la frágil evidencia de tus pasos en la arena.
Soy un arqueólogo de tu vana presencia.
Extinto, eres más vida
que el dudoso movimiento de mi cuerpo.
Un fantasma que merodea en busca de tus huellas.
Las cartas, pergaminos.
Las rutas que siguió tu viejo corazón cansado.
El sombrero, como un ave disecada,
cuelga del perchero.
Y esos zapatos debajo de la cama,
incapaces de rendirse,
siguen de pie, duros y encallecidos,
aguardando a su dueño.
Todavía recuerdan las formas de tus dedos.
Quizás, más de lo que yo recuerdo.

¿DÓNDE VAMOS A PARAR?

Dónde vamos a parar
en este tejido de saludos y de besos.
Esta desbordada devoción por lo ajeno
que anida en tu mirada.
Callada pareces una esfinge
a punto de descifrar el cielo.
Dónde me puede llevar
la línea horizontal de tus labios
si no a ese desastre natural
que padece mi cuerpo cuando te veo.
Costumbres de caníbal
me empujan a roer tus finos huesos,
las frágiles articulaciones
de tus blancos dedos.
La piel casi transparente
delata la vida interior de tu cuerpo.
Dónde vamos a parar
si comienzo, ahora, a descifrar tus sueños.

EL ADIÓS

Digo adiós junto a este ruido silencioso de palomas.
Las sendas presurosas se separan,
corriendo estrechas por azules acantilados,
sinuosas atmósferas de planetas extraños.
Una resignada continencia suplica por la vuelta al
pasado,
el pan viejo y duro de los padres.
Un olor fuerte a cerveza y a vinagre
endulza, agrio, la memoria.
No servirá de nada esta burda imitación de las esfinges.
No soy de piedra y me espera ahora una sucesión
interminable
de mañanas en la que despertaré desnudo
adornado con la escarcha y el rocío, mi cuerpo blanco de
frío,
esperando el retorno del deshielo.
Dominaré el arte de los lobos para habitar en las
cavernas.
Como un lagarto dormiré bajo una piedra.
Seré el obediente vasallo de la lluvia
y un clamor de hojas se agitará a mi paso
convocando a las cigüeñas.
Aspiro a la transmutación del grito en un suspiro,
la lenta disminución de los atardeceres
acostumbrará mis ojos a la presencia de la muerte.

ENUMERACIONES

En qué consiste la fortaleza
inquebrantable de mi temple
si no consigo retenerte el breve lapso
de tiempo necesario para decir:
El amarillo de pena de tus ojos,
el líquido temblor de tu sonrisa,
las dalias y las sombras que
anidan en tus manos, la perturbación
inicial y nunca concluida, esa expedición
a la desconocida tierra de tu cuerpo,
el olor insospechado de tu sexo,
el sudor, la tos, las pequeñas enfermedades,
la tristeza cuando vuelves de noche a casa,
el trabajo desesperanzado e inútil,
esa actividad febril, infértil, desmedida
que me produce tu recuerdo, el fugaz recuerdo
de tu rostro y de tu risa. Nunca te he visto llorar,
ni dormir profundamente con la respiración
un tanto bestial y despreocupada
del que ha saciado por un momento todos sus deseos.
No sé si aun me queda alguna esperanza
de volver a sentir tu mirada como una mano
reconstruyendo este Universo aniquilado que llevo
dentro.

PASOS

Sobre estos papeles sucios
urdo estratagemas, trazo el futuro,
despliego el espíritu de la guerra.
Si me detengo, si ahora inmóvil
levanto la mano y dejo caer
el vacío que me empuja hacia el vacío,
si me convenzo de la inutilidad de toda lucha,
si débil agonizo junto a esta rosa,
todo lo pasado caerá como un juego,
un cataclismo de trivialidades
se abatirá sobre mi memoria.
El odio devorará mi alma
y no quedará en ella
ni un rescoldo de esperanza.
No amanecerán los soles
con un especial sentido,
ni poblarán mis sueños
las arduas construcciones de tu cuerpo.
Sensible, casi enfermo,
extenderé mis manos anhelando tu regreso,
la voz debilitada por tanto silencio.
Mañana seré una mutación,
un doble salto mortal del funambulista,
y no podrás reconocerme.
Me ausentaré, me replegaré sobre mí mismo,
hacia la serpentina de mi propio laberinto.
Los dientes deteriorados y fríos
como un cascarón vacío
repetirán en vano
el ruido monótono del abandono.
Después de ver tan cerca el horror y la belleza
no me resta otra cosa que claudicar
como una reina viuda y sin descendencia.

DESTINO

Mi vida se reduce ahora
al alivio de no sentir más
el peso de tu boca sobre mi boca,
la triste desazón de tu presencia.
Todo se resume a una serie
de imposiciones sucesivas en tu nombre
o en lo que aun permanece de tu aliento.
Las sombras desmedidas de los sueños,
los enigmas, la siniestra vocación
de mi abandono, en la oscuridad,
sudoroso, gimiendo por la desaparecida,
por la siempre ausente, por la patética
voluntad de hacer el amor a un fantasma.
Acaso viste la locura, la desesperación
que te convertía en una tímida onda
sobre la líquida superficie de mis ojos.
Acaso comprendiste mi destino
de agua y de silencio,
destello minúsculo que en la oscuridad
apenas consigue alumbrar la pesadilla
de saberse solo, corruptible, incompleto.

ALGO DEL VIENTO

Algo del viento reposa entre mis dedos
esperando la hierba alta de esta página en blanco.
Acechante, vigila la sencilla oportunidad
de volar sobre tu pelo.
Una cierta provocación, algo semejante a la huida
espera impaciente que se disuelva el tiempo.
No se puede forzar sin romperlo,
sin destrozar las suaves orientaciones
que trazan tu rostro,
el rastro de tus pies sobre la arena.
Debo aprender la inmovilidad de las estatuas.
Acunar entre mis manos extendidas
las plumas de una generación de pájaros.
Esperar a que decidas comer de mi mano.
Tan inmóvil seré como un árbol.
La espera se hará tan natural en mí
que ya se habrá convertido en otra cosa.
No seré árbol, ni mano, ni tan siquiera deseo.
Tan sutil como el viento
que se sostiene debajo de tus alas.

PERTENEZCO A LA ESPERA

Este pequeño drama que requiere la escritura,
este discreto laberinto de símbolos y de sombras,
oculta un arduo sufrimiento
ante el éxtasis y los amaneceres.
Se podría decir, exagerando hasta las lágrimas,
que la simple sacudida de un árbol
en la tibia tarde o la blanca epopeya de las flores,
anticipa el destino de las eras,
los círculos que violentos se cierran
sobre nuestro silencio, nuestra perplejidad,
esa orgullosa insignificancia que nos acoge.
Asumo ahora, querida hermana,
el ánimo de las multitudes,
de la devastación y de las plagas.
Una voluntad de destrucción
que devora para comprender mejor,
que siega para evitar la duda, la incertidumbre
y, sorprendentemente, la muerte.

POEMA DE AMOR

Para el amor
tengo hoy dos piedras,
dos lágrimas tendidas
sobre el borde de la mesa.
Son dos verdades
dos profundas oquedades.
Para el amor
no tengo hoy palabras,
ni signos ni sabios elementos.
Sólo dos piedras,
dos lágrimas tendidas
sobre el borde de la mesa.

HORAS

Cierta tibieza del aire
me hace pensar en lo imposible.
Como una mariposa,
la mirada de un insecto que se debate,
emerjo de la luz en la alborada
de una ventana encendida y clara.
El viento ruge implacable y limpio
como la voz, el canto de lejanas sirenas.
Eres un triste ulises sin nombre,
el personaje secundario de una novela de segunda.
Mi amada la poseen otros hombres. Eso creo.
En silencio se divide, doloroso, palpitante,
el enigma de las horas rotas.
Vago fantasma enamorado de una sombra,
mi vida transcurre como una alondra entre tus manos,
sobrecogido entre tanto silencio.

LA ENAMORADA

Y si ahora alguien me dijera,
para aplacar un poco el fuego frío
de mis ojos abiertos en la noche,
si me dijera, digo, “él vuelve”,
correría como una loca por las alcobas,
atenazando en un puño lo mejor de su recuerdo,
el olor a caballo que resuella salvaje,
como un animal sombrío y fiero entre los árboles.
Cumpliría como una monja el rito
de silenciar ese rumor que despereza mis pechos.
Pero él no es más que un anillo de hierro,
una promesa gastada bajo la almohada.
Tampoco yo comprendo el tibio acertijo de mi sexo,
y me debato sola, ardiendo sudorosa,
entre la soledad y el recuerdo.
Triste penélope sin nombre,
comprendo la importancia que tiene su cuerpo
en los besos y los brazos de otros hombres.
No sé a quién me entrego cuando escribo.
No sé a quien me entrego cuando amo.

LA PLEGARIA

No es ahora el momento
de pretender descifrar
la clara urdimbre de tu pelo,
la sencillez terrible de tu duelo.
Me resigno a la piedad de tu silencio,
a esa lenta penitencia que te guía, que te arrastra,
como una joven viuda sin muerto.
Por ahora me emociona
el brillo sostenido de tus ojos
la plegaria que en ellos tiembla
como una lágrima a punto de inundarlo todo.

CASA VACÍA

Si imaginas ahora cómo será el mundo
sin el peso superfluo de tu cuerpo.
Si piensas en vientos y en aves,
en lentos fuegos que lo devoran todo.
Si el mundo entero, tu casa vacía,
reclama el derecho de no oír más tu nombre.
Si aguardas ahora la pregunta
como se espera la noche.
Comprende también lo que no eres.
Esa lenta queja que se levanta muda
con el calor de la tarde.
Tantas mujeres que no amarás,
tantas lenguas que no sabrás hablar.
La tierra y la intemperie
erosionando el desierto de tu piel desnuda.
Esa muda perplejidad de la que presumes
es un don para otras especies.
El canto de su propia naturaleza
impasible y quieta, que, sin embargo,
siempre vuelve, terca y fiera.

LA CIUDAD

Esta ciudad que te retiene,
suma a sus desdichas,
la lluvia impenitente,
el gris sucio de sus paredes,
la prolongación interminable
de sus atardeceres.
No consigo descifrar
el oráculo de los días sucesivos
que celebran penosamente tu partida.
Me deslizo casi agónico,
entre las horas, soportando la asfixia,
la constricción de su madeja,
la cifra interminable de tus pasos.

PIES

Imagino tus pies en la noche,
fríos y quietos,
como dos mendigos
refugiados en silencio.
Dos pequeños animales temerosos,
debilitados, abrumados por el camino
y por los saltos que han debido dar
de un país a otro.
Si los miro,
si en detalle contemplo su silencio,
puedo ver en ellos cierta barbarie,
la animalidad que te acompaña,
esa belleza salvaje que en cualquier momento
se adueña de tus miembros.
Tus pies y tu sexo
son el último reducto de tu cuerpo,
la horda resuena en ellos,
inscribiendo sus finos tatuajes,
su rabia y su celo.

EL EXILIO

Un estrépito de cosas caídas
parece la lluvia sobre los toldos.
Un dolor, una queja,
es la sorda protesta
que sucede a la tormenta.
El agua parece traspasarlo todo,
la húmeda pared, fea y cariada,
señalando el fin de tu reino.
Me exiliaré, pues, en este limbo
de las desilusiones y del silencio,
esta penosa herrumbre
que nos mina lentamente
con la sal de su odio,
con el sudor de su frente.
Parezco,
así parado junto a la ventana,
un Moisés castigado,
condenado a ver tu cuerpo
innominado y quieto,
perfecto en el dolor del destierro.